



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 27.

JUEVES 3 DE SETIEMBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIA UN AÑO 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

ESCRITORES CONTEMPORANEOS: ANTONIO DE TRUEBA, por F. Miguel y Badia.—EGLANTINA Ó LA INDOLENTE CORREGIDA. (Conclusion), por A. F.—CABALGATA DEL LEON, por F. Freiligrath.—ROMANCE ASTURIANO.—LA ORDEN DE LA BANDA.—CASTIGOS ANTIGUOS.—LA CAPITAL DE LA ANTIGUA GRECIA.—LOS PALMOTADORES EN PARIS.—EL GATO NEGRO, cuento, por Pedro Escamilla.—JEREMIAS.—PENSAMIENTOS.—AVISO A LOS SUSCRITORES POR SEMESTRES.

ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Cuando tan gran número de malas producciones invaden de continuo el campo de la literatura, natural es que la aparición de buenas obras sea saludada con júbilo por los amantes de las bellas letras. Nuestra patria, que en el siglo actual ha contado en su seno á una pléyada de escritores distinguidos, que han sostenido con dignidad y honra la bandera de la buena tradicion literaria, no ha tenido hasta muy modernamente campeón alguno en el género predilecto de nuestra época. Hasta hace muy poco no comenzó á despertar en España la novela; hasta hace muy poco no apareció nuestro popular novelista Fernan Caballero, al paso que los Martinez de la Rosa, los Hartzenbusch, los Breton brillaban en otros géneros y nos dejaban ver de cuando en cuando alguna flor literaria entre el émulo de espinas que daba nuestro siglo. Parecia que con Cervantes, con su inmortal obra habia muerto en España el genio de la novela, quizá como decia un ilustrado crítico extranjero, por temor de verse ofuscada y palidecer al lado de un astro tan brillante. Nuestros escritores no daban á luz novelas, el público ansiaba en leerlas, y á falta de obras nacionales echó mano á las extranjeras. Pero ¿de qué modo? Leyendo sin orden ni concierto, sin tomarse el trabajo de elegir

y recibiendo con afan todas cuantas traducciones, de obras generalmente malas bajo todos conceptos, tenían á bien presentarle los editores guiados solo por el deseo de ganancia y no comprendiendo, ó no queriendo comprender, el noble fin que en la prensa deben representar. Si alguna buena novela salia á luz en el extranjero, ó no se traducida, ó los honores que alcanzaba eran harto insignificantes para su valor literario. El falso romanticismo lo invadió todo. Cada hijo de vecino se creia un Abelardo, cada niña mimada una Eloisa; todos hallaban harto prosaica la vida porque los padres consentian los matrimonios y á estos no precedia un rapto; nadie encontraba lo que debia llenar su corazon, cuando lo que debian buscar era un remedio que curase su cabeza atacada por las malas novelas. Algunos dignos críticos clamaban contra tanta pésima traduccion, pero su voz no se escuchaba y predicaban en desierto. Este mal, que no ha cesado del todo hoy día, ha encontrado sin embargo un lenitivo, y bien puede asegurarse que su curacion está en buen camino. ¿A quién se debe que un mal tan arraigado, y que habia echado profundas raices, pueda llegar á estirparse? En primer lugar, á las mismas obras que causaron el daño y á sus imitaciones, y en segundo á los buenos escritores españoles contemporáneos que han indicado con su doctrina y con su ejemplo la buena senda literaria. Que las mismas obras malas y sus imitaciones fastidian y cansan pronto, no hay que dudarlo un instante; es un hecho palpable. Faltas de belleza en su forma é inmorales en el fondo pudieron reinar por algun tiempo, merced á su novedad y al indisputable talento de alguno de sus autores, empero pasada la ilusion con que al darse á luz se acogieron, la reaccion debia ser marcada, y el desprecio habia de suceder necesariamente al entusiasmo que las acogió en los primeros momentos. En España felizmente no fueron imitadas por escritores de valía, naciendo solo algunos ensayos que vinieron á

morir muy pronto. Por otra parte, con graves dificultades habia de encontrarse el que quisiese escribir alguna obra novelesca de la clase que estaba en boga en aquellos tiempos, supuesto que ni la novela psicológica ni la social se avenian bajo ningun concepto con el carácter y las costumbres de los españoles. Werther y René no podian hallar compañeros en España y en un pueblo como el nuestro eminentemente religioso, la novela psicológica no ofrecia otro desenlace que el de los principios católicos. Quedábanles á nuestros escritores la novela histórica y la de costumbres nacionales. Ancho campo le hubiera ofrecido nuestra historia al escritor que se hubiese visto inclinado á seguir aquel camino, empero los Walter-Scott no abundan y en nuestra nacion no ha brillado en aquel género, en que se han hecho por otra parte ensayos apreciables, un escritor verdaderamente digno de eterno renombre. Mas afortunada la novela de costumbres ha tenido un digno campeón en la distinguida escritora que se oculta bajo el poético pseudónimo de Fernan Caballero. En sus producciones, en las que ha retratado las costumbres nacionales procurando unir lo bueno del pasado con lo que el presente nos ofrece, si bien con cierta tendencia hácia aquel, se ve siempre al observador constante, al erudito, á la par que inspirado escritor y al adalid de la moralidad y de las buenas costumbres. Belleza en las descripciones, gracia en los diálogos, verdad en los caracteres y un conjunto acabado son las cualidades que la recomiendan las obras de la novelista sevillana. Al lado de Fernan Caballero, animada por los mismos sentimientos y teniendo idénticas aspiraciones, un jóven escritor, modesto en sus obras como en su carácter, ha dado á la literatura contemporánea bellísimas flores cuyo suave perfume llegará difícilmente á perderse. Lo propio que Fernan Caballero ama don Antonio de Trueba al pueblo, conoce sus costumbres y sus poéticas fiestas, y revela en todas sus

composiciones el deseo de dar á conocer la riqueza de sentimientos que atesora el noble pueblo español. Sus modestas composiciones, sus cuentos y cantares populares dan á conocer el mas digno fin moral y se hallan escritos con sumo cuidado, evitando cualquier defecto que pudiese perjudicar al conjunto. Por ello, al proponernos analizar sus producciones no notaremos alguna levisima falta que tal vez podría hallarse en ellas, ya porque nuestro objeto principal es hacer resaltar las muchas bellezas que contienen, ya porque es dable escribir una obra sin defecto alguno censurable á la par que sin bellezas y sin cualidades que la recomienden. No se nos acuse, pues, de optimismo antes de leer con detencion las producciones de Trueba y de observar con cuánto cuidado y esmero ha escrito este poeta sus lindos cantares y sus preciosísimos cuentos.

II.

EL LIBRO DE LOS CANTARES.

«El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento que en mi concepto es el alma de la poesía,» ha dicho en el prólogo de su *Libro de los Cantares* el joven escritor de cuyas composiciones nos vamos á ocupar en estos artículos. «El pueblo es un gran poeta» ha dicho Trueba, y lo que en otros hubiera sido una frase mas ó menos exacta, en él lo han comprobado sus mismas obras. Ha seguido religiosamente al pueblo en sus romerías; han encontrado lugar en su corazón los sentimientos populares; ha admirado sus sencillas costumbres; ha visto cuanta poesía atesoraban los cantos que de su boca se escapaban, y evocando todos los bellos recuerdos de su infancia, de los valles de su país y de sus lindas zagalas, ha escrito las bellísimas composiciones que forman su *Libro de los Cantares*, libro rico de sentimientos y de inspiracion, y de cuyas páginas brotan siempre raudales de poesía. Si se leen sus hermosos romances y sus seguidillas, se ve al momento cuánto ha comprendido este escritor el carácter de la poesía popular. La propiamente tal, aquella que tiene en tanta abundancia el pueblo castellano y que se halla no menos en otros países, como la Alemania, Bretaña, Irlanda, etc., presenta suma sencillez, los sentimientos están en ella espresados de la manera mas enérgica y adecuada, y la inspiracion no abandona por lo general al poeta, que no escribe para su gloria y sí para la poesía. Empero su estrechada sencillez se convierte algunas veces en rusticidad, el sentimiento presenta otros caracteres no muy dignos y el desaliño reina en muchos trozos, y á veces en toda la composicion, destruyendo algun tanto el efecto que por su fondo eminentemente poético podría causar á los lectores. El romance octosílabo es la forma dominante en nuestras primitivas poesías populares, siendo inútil apuntar las inmensas riquezas que tenemos en esta parte de nuestra literatura nacional. Abranse las páginas del Romancero de Duran, y en cada una de ellas se hallarán mil bellezas que notar, trozos admirables y verdaderos modelos para el que siente germinar en su pecho el sacro fuego de la poesía. Los romances históricos primitivos, los del Cid, los caballerescos nos encantan y embelesan por lo poético de sus asuntos, por la sencillez con que están narrados, por el sentimiento nacional que en ellos se encuentra y por las mil bellezas de diction con que á cada momento nos sorprenden. El que escriba hoy día composiciones de esta clase no podrá llegar á la ingenuidad y sencillez de los romances primitivos, no podrá alcanzar el carácter gráfico y animado que en tanto grado poseen, pero le será asequible dar mayor cultura y perfeccion á la forma, pulir el todo de la composicion, dejando su obra, sino tan sencilla y poética, por lo menos mas completamente acabada. Trueba ha estudiado los romances antiguos primitivos, como mas adelante podremos hacerlo notar, procurando

que su sencillez y gracia quedasen grabadas en su mente, para que animadas por el espíritu popular creasen las bellísimas poesías, que serán siempre la mas preciada hoja de su corona de poeta. En ellas no se encuentra la erudicion y cultura que revelan los romances artísticos de los tiempos de Góngora, Quevedo y Cervantes; lejos de ello presentan mucha sencillez, sin que se halle en todos sus versos una sola línea que pueda tildarse de afectada ó erudita. No por esto falta el arte en sus cantares, antes bien, examinándolos con detencion, se ve el esmero con que el poeta los ha compuesto, arte y esmero, sin embargo, de tan buena ley, que lejos de perjudicar á la sencillez de los cantares, contribuyen por el contrario á darles un sello popular mas marcado. Los cantares de Trueba puede leerlos lo mismo el que ignora completamente las leyes de la poesía que el mas rígido preceptista, seguros de que como él sentirán cuánto valen las costumbres y los poéticos sentimientos populares. El arte esquisito que ha dirigido la pluma del poeta no está reñido con lo que en el prólogo de su libro nos dice: «No busqueis en este libro erudicion, ni cultura, ni arte. Buscad recuerdos y corazón, y nada mas,» porque el arte á que se refiere es el arte refinado y erudito, ó por mejor decir, el artificio. «Recuerdos y corazón» nos dice que busquemos en sus cantares, y á cada línea un manantial de poesía nos baña suavemente, haciendo que esperimente nuestra alma y nuestro corazón el placer mas puro y mas grande que imaginarse pueda. *El libro de los Cantares*, no puede abandonarse despues que se ha abierto; se lee una composicion y luego otra; se leen de nuevo, y el libro no se deja hasta que alguna de sus bellas frases queda grabada en nuestra mente. Canta Trueba con melancólico acento la niña de ojos azules y nos arrebatra tras las suaves miradas de aquel ángel de amor; entona graciosos acentos para ensalzar á la niña de ojos negros, y nos abrasan los rayos que sus encantadores ojos despiden, narra la vida del soldado y el cariño de las madres, y nuestros ojos se llenan de lágrimas; el pecho late con fuerza, nuestros brazos se abren para estrechar al que tan bien ha comprendido el amor á la patria y la ternura de las madres. Y en todos los romances, en todas las composiciones que forman aquel hermoso libro reina siempre la poesía, preside el mas puro y delicado sentimiento, y los asuntos mas dignos, los hechos mas nobles é interesantes y las ideas mas bellas y elevadas se suceden continuamente, como se suceden uno tras otro los eslabones de una bien formada cadena.

Los metros empleados por Trueba en sus cantares son el romance octosílabo, las seguidillas asonantadas y los versos de siete sílabas unidos tambien por el asonante; metros los mas adecuados al genio de nuestra nacion y que han sostenido siempre la escuela nacional en épocas de lucha con escuelas mas eruditas, imitacion de otras literaturas. Cuán bello es el romance, y cuánta sencillez y facilidad presenta manejado por un buen poeta, lo prueban evidentemente las poesías populares españolas, nuestros romances, ya primitivos, ya los llamados artísticos compuestos despues á su imitacion. Y aun cuando un célebre preceptista español encuentre bajo y poco elevado este metro, aun cuando haya sido despreciado por algunos escritores extranjeros, siempre serán los romances españoles la joya mejor de nuestra literatura, la urna sagrada que conservará incólumes los mas bellos recuerdos de nuestra historia. Los romances de Trueba no se encuentran menos bellos si se les compara con los históricos y caballerescos, en la comparacion nada pierden, sí al contrario brillan aun mas, porque, si tal vez no presentan tanta sencillez, ostentan en cambio mayor correccion.

Sobremanera difícil nos seria apuntar las bellezas que ha atesorado este autor en su *Libro de los Cantares*. Cuéntase de un co-

mentarista, del mas grande poeta italiano, que tratando de hacer notar los trozos mas bellos contenidos en su obra maestra, acabó por copiarla toda. Poco menos haríamos nosotros con este libro, que no titubeamos un instante en calificar como uno de los mejores que ha producido la poesía en nuestros días y de seguro el único en su género. Una de las cosas que primero se notan en Trueba son los estribillos de sus canciones, llenos de gracia los unos, conteniendo un profundo pensamiento los otros y todos poéticos, sencillos y completamente populares. Quizá alguno de estos le recuerde las escenas que con tanta magia y colorido nos traza en el prólogo de su interesante coleccion. Aun cuando nos sea difícil acertar completamente al señalar las composiciones que brillan en esta obra de un modo mas marcado, nos atreveremos á indicar algunas á que damos la preferencia por creerlas en el todo mas perfectas. Entre ellas las hay que pertenecen mas particularmente al género lírico, al paso que otras tienen un carácter principalmente narrativo, si bien hay algunas que difícilmente pueden calificarse, pues participan de ambos géneros á la vez. Entre las primeras pueden citarse especialmente los cantares titulados: *La niña de ojos azules* y *La niña de ojos negros*, en que tan bellamente retrata el poeta el genio de la modesta niña y el de la altiva doncella; *A orillas del arroyo*, con su lindísimo estribillo

Lavándose las sus manos
peinándose las sus trenzas;

el graciosísimo madrigal *La Peregrinera*, y las tituladas: *La rosa entre las rosas*, *Glorias de la mujer* y *Amor inmortal*. Notables son tambien los que llevan por título: *La vida y la muerte*, lleno de espíritu cristiano, de paz, de caridad y mansedumbre, bello trasunto del alma del poeta; y *Oros son triunfos*, en el que compiten la ternura, la sencillez, y la gracia y viveza del diálogo. Hé aquí la primera parte de este último cantar, y á buen seguro que si el lector no ha visto *El Libro de los Cantares* lo buscará luego con ansia para saborear las bellezas en él contenidas.

—¿Vas á la fuente?

—A la fuente.

—¿Tan solita?

—Tan solita.

—¿Quiéres que yo te acompañe?

—No hé menester compañía.

—Ven y sentémonos juntos
debajo de estas encinas.

—¿Y que nos viera mi novio!

—¿Con que tienes novio, niña?

—Es el pastor mas gallardo
de toda esta serranía.

—Pues no merece un pastor
una zagala tan linda.

—¿Y por qué no la merece?

—Porque es notoria injusticia
junto á un espinoso cardo
poner una clavellina.

—Yo nací para ser pobre.

—Porque no querrás ser rica.

—Si en el querer consistiera...

—¡Ay Dios, que bien sentaria
en esos dedos pulidos
una pulida sortija!

—Pero como no la tengo...

—¿Quiéres probarte la mia?

—Por probar nada se pierde.

—Mira, te viene justita.

Guárdala, hermosa zagala
que tengo en mi joyería
mas de doscientas, y todas
cuajadas de piedras finas.

—¡Amable es el caballero!

—¡Encantadora es la niña!

Te acompañaré á la fuente.

—Me agrada la compañía.

Y zagala y caballero
se pierden al fin de vista
caminito de la fuente
entre castaños y encinas,

y un pastor que los ha visto

canta muy triste allá arriba:
—*El que fuere solo y pobre
no busque la mujer linda,
porque en medio de sus gustos
viene el rico y se la quita.*

Entre los cantares narrativos se hallan un gran número á cual mas bello, á cual mas poético é interesante. Los asuntos están perfectamente escogidos; los caracteres que en ellos se retratan delineados con mano maestra y el diálogo introducido en estas narraciones presenta tal viveza y animación, que subyuga y encadena haciendo que devoremos, por decirlo así, sus lindísimas páginas. Véase sino *La Romería*, *La gorra de pelo* y *La mancha de la mora*; léase el titulado *La vida de Juan Soldado*, en que con tanta perfección junta al militar español y á los traviesos muchachos de nuestras montañas; recórrese finalmente el tierno cantar *Las madres*, y se verá la comprobación de nuestro aserto, se admirará el sentimiento derramado en cada línea, y se exclamará dirigiéndose al poeta: «Buscad corazón» has dicho, y ya lo hemos encontrado, ya conocemos cuánta poesía y ternura guarda el tuyo, poeta del pueblo.

Haremos notar finalmente los dos romances titulados *La cacería* y *Cadenas de oro*, en los que se nota, en particular en el último, una feliz imitación de los romances antiguos y primitivos. Entero transcribiremos éste si las columnas de nuestro periódico lo permitiesen, seguros de que aun cuando el lector lo supiese de memoria, volvería á leerlo nuevamente y á recorrer trozos tan bellos, tan poéticos como los que contiene el cantar mencionado.

Bien hubiéramos querido haber hecho resaltar las excelencias que *El Libro de los Cantares* comprende; bien hubiéramos deseado ser poetas para que usando el mismo lenguaje del autor, hubiéramos tocado el corazón de nuestros lectores, alcanzando que uniesen su aprobación á la nuestra, empero no lo necesitábamos por otra parte; á los que han leído los cantares de Trueba les basta que se les diga que son bellísimos para que al instante aprueben con toda su alma esta exacta opinión y repitan los trozos mas bellos que han quedado grabados en su mente y que difícilmente olvidarán. Si alguien cree que nuestros elogios son exagerados, le diremos solo que lea *El Libro de los Cantares*, que lo lea sin prevención y que se abandone al sentimiento, seguro de que unirá su parecer al del humilde autor de este artículo.

F. MIGUEL Y BADIA.

(Se continuará)

EGLANTINA Ó LA INDOLENTE CORREGIDA

(CONCLUSION.)

Eglantina no se cansaba de tan encantadoras vistas. — ¡Cuán insípido me parecía todo lo que he admirado hasta ahora! ¡Con qué indiferencia volveré á ver las cercanías de París, aquellas llanuras monótonas y aquellos jardines tan celebrados! Nunca mas me reconciliaré con los ríos ficticios, los pequeños peñascos y las pequeñas montañas. — Si hubiérais viajado por Italia, añadió Doralicia, tampoco os gustarian *las ruinas pequeñas*. Me parece que los poetas y los pintores no deberían describir la hermosura de la naturaleza ni pintar paisajes sin haber visitado la Italia y la Suiza. — Soy de la misma opinión. Luis Backhuysen, célebre pintor holandés (1), se embarcaba cuando el mar estaba agitado por violentas tempestades, con objeto de observar mejor el movimiento de las olas, el choque y los restos de los buques estrellados contra las rocas, y los esfuerzos y el desorden de los marineros asustados. Rugendas (2), pintor de batallas, asistió al bombardeo, á la toma y al saqueo de Augsburgo. Varias veces arrostró la muerte,

con el fin de considerar despacio el efecto de las balas y de las bombas, y los horrores de un asalto. Se le veía ejecutar en medio de la pelea, algunos dibujos con el mismo cuidado que si los hubiera hecho en su estudio.

Vander-Meulen (1) siguió á Luis XIV en todas sus conquistas, dibujando las ciudades fortificadas y sus alrededores, los campamentos, los altos y las escaramuzas, con el objeto de componer los cuadros que reproducen con tanta verdad los grandes hechos de aquel príncipe. ¡Qué ánimo no inspira el noble deseo de distinguirse! Por el contrario, cuando se prefieren á la gloria verdadera, esos éxitos de un momento, no se necesita ni instrucción ni grandes conocimientos; permanece uno en su casa, se intriga, se forma uno un partido, se pinta ó se escribe sin entusiasmo ni verdad, y por consiguiente sin genio; pero en cambio le elogian á uno durante dos días. Por lo demás, hay muchos que se hacen justicia no llevando mas allá su ambición.

Eglantina escuchaba á su madre con un placer que nunca había experimentado. En otro tiempo, insensible á los encantos de la conversación, su indolencia y su distracción no la dejaban participar de ellos: pero sus desgracias habían producido en su alma una revolución tan repentina como admirable. Su carácter se había enteramente cambiado; Eglantina reflexionaba, sentía ardientemente y experimentaba una satisfacción indecible en conversar con su madre. Queriendo reparar todos los disgustos que por su indolencia había causado á Doralicia, estaba todo el día ocupada hasta el punto de cansarse al principio; mas esta actividad dejó en breve de parecerle penosa. La lectura, la música y el dibujo ocupaban todos sus momentos. Como se había entregado toda ella al estudio, el trabajo, lejos de fastidiarla, la distraía cada vez mas. En un principio solo la había guiado el deseo de hacer á su madre feliz y de darle pruebas de su agradecimiento; pero en breve, sorprendida ella misma al ver la rapidez de sus progresos, se puso á estudiar para sí propia, y á fuerza de ardor, de paciencia y de aplicación, llegó á ganar todo el tiempo perdido. Adquirió conocimientos sólos y un talento superior; la agradable morada en que habitaba, le iba gustando cada vez mas.

Como dos personas pueden vivir en Morges con desahogo con 3,000 francos anuales, Doralicia no echaba de menos su fortuna. Vivía en una casa cómoda; desde su gabinete de labor divisaba el lago y las montañas, pareciéndole que tan hermosa vista valía la del Sena y la de los *bulevares*. Comía mucho mejor que en tiempo de su opulencia: buenas frutas, caza, leche deliciosa de Suiza, excelente pescado del lago de Ginebra, todo esto no le dejaba nada que desear. Morges, sus cercanías y Lausania, le ofrecían además toda la sociedad que podía apetecer.

En aquel dichoso país, el cual no ha corrompido todavía el lujo, se encuentra la sencillez de las costumbres mas puras y las mujeres son á la vez amables, instruidas y virtuosas.

Doralicia y su hija iban á menudo á Lausania, donde conocieron á una viuda joven, llamada Isabel, que reunía á todos los encantos exteriores muchos conocimientos agradables, un talento perspicaz y las cualidades mas atractivas. Esta joven se hizo amiga de Doralicia y de Eglantina, y las acompañaba hasta Morges, ó en las escursiones que hacían á menudo por las cercanías de Ginebra. Unas veces se paseaban las tres por el lago; otras se reunían en Morges con unas cuantas personas de su elección, y se distraían con la música; otras se improvisaba un baile campestre bajo una enramada adornada de guirlandas de flores naturales. Eglantina, por su gracia, su alegría y su talento, era el principal ornamento de aquellas fiestas. No era ya hermosa, pero agradaba mil veces mas que cuando se admiraba la regularidad de sus facciones y el brillo de su tez.

Había conservado un talle esbelto y se distinguía por su gracia y apostura. No vestía ya con tanto lujo, pero con mas gusto. Se la miraba sin admiración, pero cuanto mas se la miraba, agradaba mas su figura. Su rostro se había vuelto espresivo, y si bien no tenía la hermosura que atrae todas las miradas, poseía el encanto que las fija, lo cual es preferible.

Hacia ya mas de diez y ocho meses que Doralicia vivía en Morges, sin que se hubiera podido decidir á alejarse de aquel sitio y á viajar por toda Suiza, segun tenia proyectado desde largo tiempo. Mas queriendo que su hija visitara tan interesante país, se resolvió por fin á abandonar por algun tiempo su casita y á separarse de Isabel. Partió con Eglantina á fines de junio, y fué lo primero á Berna, ciudad hermosa por su regularidad y la belleza de su situación. Sus calles son muy anchas y divididas por un arroyuelo claro y limpio. A cada lado una multitud de arcos forman galerías cubiertas, enlosadas con anchas piedras de talla; el fondo de las arcadas, tan cómodas para los transeúntes está ocupado por hermosas tiendas. Los paseos de Berna son encantadores, y especialmente el terraplen, situado junto al Aar, ofrece una vista admirable.

Doralicia pasó algunos días en Berna y despues de haber estado en Indelbank, pueblecito donde se hallan magníficos sepulcros, se dirigió á las célebres neveras de Grindelwald, á veinte leguas de Berna.

De todas las neveras que se encuentran en los Alpes, la mas notable es la de Grindelwald, situada cerca de un pueblecito que lleva su nombre. Un estanque inmenso de agua helada ocupa la cima de la montaña. La roca que sirve de depósito á aquel lago, es de mármol negro con vetas blancas; la parte que va en declive es de mármol variado. Las aguas superfluas del lago y de los témpanos que se hallan en la superficie, obligadas á correr sucesivamente sobre un plano inclinado, forman lo que particularmente se llaman *las neveras*, es decir, montones de hielo á manera de pirámides que cubren toda la pendiente de la montaña. Nada hay comparable con la belleza de aquel magnífico anfiteatro, siempre cubierto de torres y de obeliscos de cristal que tienen mas de 30 ó 40 pies de altura. Aquel espectáculo deslumbra, y sobre todo cuando el sol vibra en verano sus rayos sobre los grupos de pirámides heladas. Toda la nevera principia entonces á humear y á arrojar un brillo que la vista no puede soportar. El valle está cerrado por ambos lados por dos montañas cubiertas de verdura y de un bosque de abetos.

Doralicia y su hija, despues de haber admirado Grindelwald, continuaron su viaje por el interior de Suiza, y fueron á Zurich, donde vieron á Gessner, el gran poeta que ha debido su envidiable talento á la sensibilidad de su alma y á la pureza de sus costumbres. ¿Dónde hubiera podido escribir sino en Suiza sus bellos idilios en los que la virtud se muestra con tanta ternura, bajo una forma tan seductora? ¿Por qué sus obras, de un género tan sencillo, cautivan de tal manera? ¿Por qué están traducidas en todas las lenguas? Porque el autor ha sentido todo lo que espresa, porque ha visto todo lo que pinta. Gessner acompañó á Doralicia en casi todos sus paseos. Recordando las orillas encantadas del lago de Zurich, del Sil, del Limat, el gran poeta le enseñaba los magníficos sitios que había dibujado (1) ó descrito en sus versos. Doralicia admiró sobre todo el soto de pámpanos donde compuso el delicioso idilio de *Mirtyle*.

Eglantina y su madre pasaron ocho días con Gessner; le contemplaron en medio de su familia, de sus ocupaciones, y siempre vieron en él á un sabio feliz, á un verdadero filósofo y á un pintor digno de la naturaleza.

Despues de dos meses de ausencia, Doralicia y su hija volvieron con alegría á su casita de Morges. Isabel vino á animar su retiro pasando con ellas parte del invierno.

(1) Muerto en 1709

(2) Muerto en 1712.

(1) Muerto en París el año de 1690.

(1) Gessner dibujaba tan bien como escribía.

La primavera trajo de nuevo la alegría, las fiestas campestres y los largos paseos. Hacia ya dos años que Doralicia había salido de París: Eglantina se aproximaba á los veinte años, y seguía siendo el encanto de su madre; conocía la felicidad desde que vivía en Morges.

Una tarde en que Eglantina y su madre se estaban paseando por las orillas del lago, encontraron á un joven vestido de negro, que andaba lentamente y parecía sumido en los

mas tristes pensamientos. Al pasar junto á ellas, levantó los ojos, é hizo un movimiento de sorpresa... Doralicia conoció al punto al vizconde de Arzelle.

Después de los cumplimientos de costumbre, el vizconde le contó cómo acababa de perder al mejor de los padres, añadiendo que después de tan triste pérdida, la estancia en París le era odiosa, por cuyo motivo se había resuelto á viajar; que contaba pasar dos me-

ses en Suiza y partir después para Italia. Como la noche se acercaba, Doralicia tomó el camino de su casa. El vizconde le pidió permiso para acompañarla y le ofreció el brazo. En aquel momento recordó que Doralicia tenía una hija y advirtió que iba con ella. Le dirigió la palabra, mas con la oscuridad no pudo distinguir las facciones de la joven. Por fin llegaron á la puerta de la casita.

—Mas ¿cómo, señora, dijo el vizconde, esta



Castigos antiguos.

es vuestra casa? Y pensando en la inmensa fortuna que en otro tiempo había poseído Doralicia, y en el buen uso que de ella hacía, recordó que la había empleado toda en pagar las deudas de su esposo. El vizconde entró en un saloncito adornado de bonitos dibujos y amueblado con gusto.—¿No es delicioso este gabinete? preguntó Doralicia; todo lo que encierra es obra de Eglantina: ella ha bordado esos muebles y dibujado esos paisajes...

El vizconde no pudo ocultar su sorpresa que rayaba casi en incredulidad: miró atentamente á Eglantina y quedó admirado del cambio de su rostro. Eglantina se sonrió, ruborizándose ligeramente. El joven había al pronto considerado á Eglantina con curiosidad, mas ya la contemplaba con interés, no pudiendo dejar de admirar la nobleza de su aspecto, la expresión de su fisonomía, y apre-

ciando la gracia que había adquirido en mucho mas que la hermosura y la fría regularidad que había perdido. Su conversacion le sorprendió todavía mas: al escucharla no acertaba á persuadirse de que fuera la misma persona antes tan indolente y tan poco amable: no podía concebir que en tres años se hubiera efectuado un cambio tan notable. Al separarse de Doralicia, le pidió con interés permiso para repetir su visita; y desde el día siguiente pasó en su compañía algunas horas. Aquel día se estaban distrayendo con la música; Eglantina cantó y tocó el arpa. El vizconde creía soñar, no pudiendo explicarse que aquella joven tan cumplida y tan amable fuera la misma Eglantina tan dejada y tan ignorante, con quien no había querido casarse, á pesar de su fortuna y de su hermosura.

El vizconde vivía en Lausania, donde tan

solo oía hablar de Eglantina; ésta se había captado todos los corazones por sus buenas prendas, su talento y sobre todo por su dulzura, su igualdad perfecta y su tierno cariño hacia su madre. Isabel no ceaba de elogiar á Eglantina con todo el calor de la amistad; de modo que el vizconde prefería la sociedad de Isabel á cualquier otra. Hacia ya, sin embargo, más de dos meses que estaba en Suiza y ya no hablaba de Italia. Consagraba á Doralicia todo el tiempo que permitía ella que pasara en su casa. Tímido y reservado con Eglantina, apenas se atrevía á hablarle; pero la escuchaba y la observaba con una atención que nada podía distraer, y daba pruebas á Doralicia de todo el respeto y de todo el cariño del hijo mas afectuoso. Permaneció todavía un mes en Lausania: por fin, conociendo perfectamente á Eglantina por su reputación y por el estudio

que de su carácter había hecho, dejó de disimular los sentimientos que la razón misma aprobaba. Abrió su corazón á Doralicia y le pidió la mano de Eglantina.—En verdad que la merecís, contestó la buena madre; habeis reusado á mi hija cuando era hermosa y rica, y me la pedís cuando ha perdido su belleza y su fortuna. La gracia, el talento y la virtud podían solos inspiraros un cariño verdadero. Debemos contar con la duración de semejantes sentimientos; sin embargo, como uno puede á veces engañarse, os exijo que reflexionéis todavía seriamente en esa obligación que debe por siempre fijar vuestra suerte y la de mi hija. Partid y viajad durante seis meses. Al cabo de este tiempo, si aun tenéis los mismos propósitos, volved aquí y Eglantina será vuestra.

Al escuchar estas palabras, el vizconde se echó á los pies de Doralicia, suplicándola que no retardara su felicidad; mas ella permaneció inflexible, no dejándose enternecer ni por sus ruegos ni por sus protestas: el vizconde en medio de su desesperación, se vió obligado á partir al día siguiente. No pudiendo alejarse del país en que habitaba Eglantina, estuvo viajando por Suiza, donde pasó el tiempo de su destierro. Trascurridos los seis meses, volvió á Morges. Al llegar, Doralicia estaba sola en su gabinete con su hija. La puerta se abrió de repente, el vizconde entró y se precipitó á los pies de Doralicia. Por primera vez descubrió sus sentimientos en presencia de Eglantina; pidió su mano, protestando que nunca se separaría de Doralicia. La jóven declaró que tan solo con esta condición se resolvería á cambiar la suerte que cumplía todos los deseos de su corazón, y el vizconde le aseguró

que tan natural sentimiento hacia que la quisiera aun mas.

La tarde misma en que tuvo lugar esta conversacion, Doralicia, la mas feliz de las madres, firmó el contrato de casamiento de su hija, y tres días despues, el vizconde, cumplidos ya todos sus deseos, se casó con la amable Eglantina.

A. F.

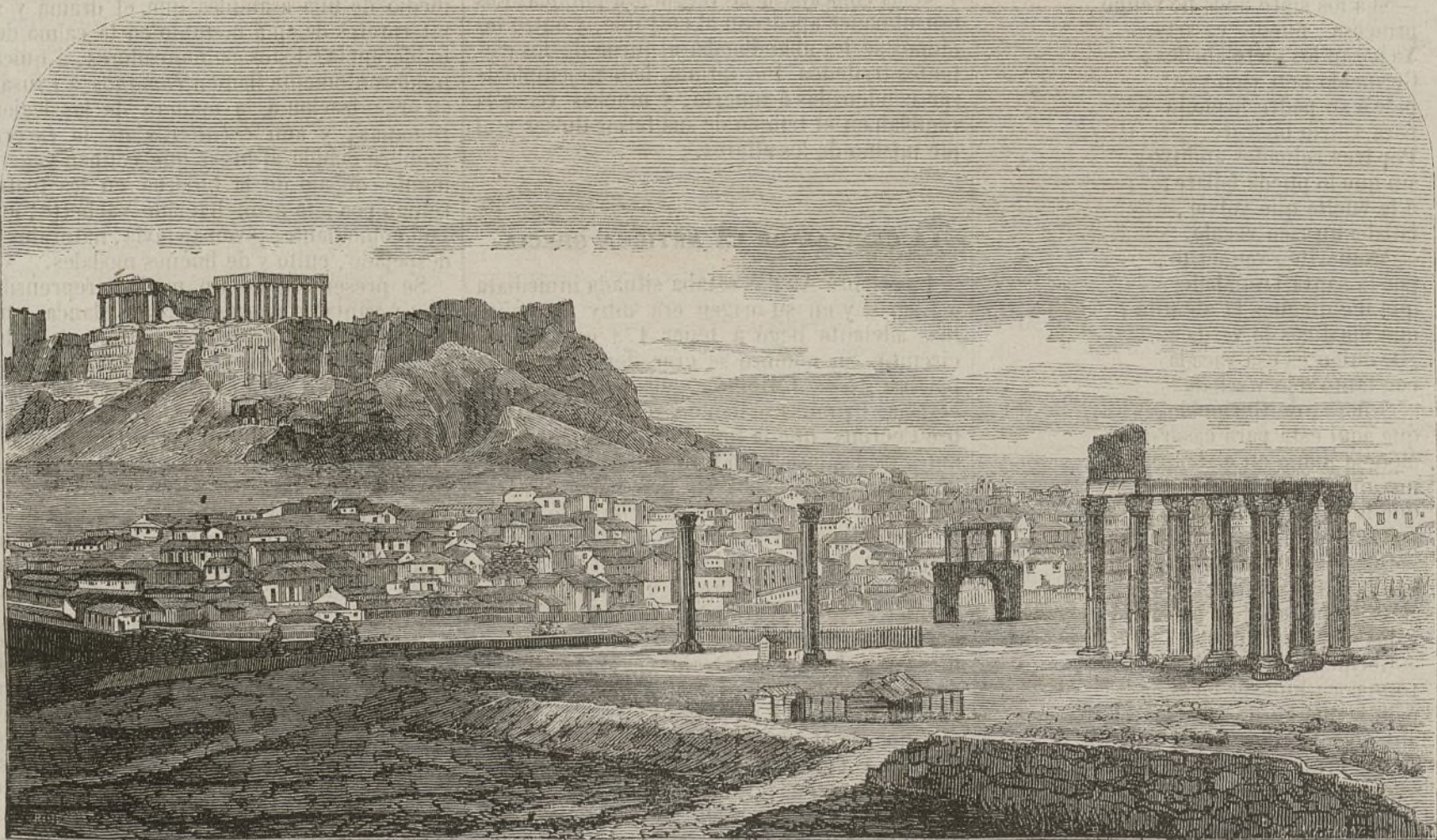
CABALGATA DEL LEON.

El leon es el rey del desierto. Cuando quiere recorrer su imperio, desciende lentamente hacia las lagunas y se esconde entre las algas, donde las gacelas y las girafas van á apagar su sed. Oculto y silencioso en la espesura, dijérase que las hojas del sicomoro murmuran y tiemblan al contacto del poderoso animal. Al estenderse el manto de la noche sobre la tierra; cuando empiezan á brillar los fuegos en la choza del hotentote; cuando las cimas de los altos montes se confunden con las tinieblas de la llanura; cuando el cafre va errante por ignotos senderos; cuando el antilope reposa en el césped y el niú á orillas del rio, entonces llega majestuosamente la girafa del fondo del desierto para refrescar en la turbia agua de las lagunas su lengua, que ha secado su carrera diurna y los áridos espacios que ha recorrido. Jadeante todavía se arrodilla y con el auxilio de su largo cuello busca y alcanza el agua menos fangosa que bebe á grandes sorbos.

De repente se agitan las malezas cercanas y el leon se arroja rugiendo á su grupa. ¡Qué admirable caballo! ¡En qué caballerizas reales se ha visto jamás una mantilla mas hermosa, y que compararse pueda con la piel tan bellísimamente pintada del corcel montado por el rey



Caballero de la orden de la Banda.



Capital de la antigua Grecia.

de los animales? En los músculos de la nuca hunde la fiera sus dientes con avidez; en el lomo del caballo coloso ondula la amarillenta melena del ginete; álzase el corcel arrojando un grito sordo, y lánzase á la carrera aguijoneado por el martirio. ¡Védle cómo une á la ligereza del camello, la belleza de la piel, solo con la del leopardo comparable! Ved cómo sus ligeros pies apenas rozan los espacios alumbrados por la plateada luz de la luna; sus ojos saltan de su órbita; gotas de negra sangre surcan su pintado cuello, y en el silencio del desierto se apagan los latidos del corazón de la girafa fugitiva.

Como aquella nube cuyo resplandor conducía á Israel al través del Yemen; como un vaporoso espíritu del desierto ó un pálido espectro aéreo, un torbellino de polvo, alzándose del mar de arena, vuela y se agita detrás del caballo y caballero. Y el hambriento buitro los acompaña con su rápido vuelo; la hiena, la profanadora de las tumbas, sigue sus huellas; la pantera, que todo lo devasta, llega también, porque el sudor y la sangre riegan el camino espantoso que recorre el rey de las selvas. Dominados por el terror, contemplan á su soberano en su vivo trono, y vénle despedazar con sus garras el almohadon de entreverados colores en que se apoya. Sin alto ni descanso, hasta que haya agotado todas sus fuerzas, la girafa debe llevarle; en vano seria contra tal caballero que se encabritase ó cocease. Por fin cae estenuada en los límites del desierto, y un ronco y cada vez mas apagado resuello acompaña su agonía. Entonces el corcel cubierto de sangre y de espuma es presa del caballero, iluminando los últimos restos de aquel festin nocturno los primeros albores del día que van apareciendo á lo lejos en las cumbres del Madagascar. Así es como durante la noche, el rey de los animales recorre su vasto imperio.

F. FREILIGRATH.

ROMANCE ASTURIANO.

Grandes guerras se publican
de España con Portugal,
y llaman á Gerineldo
por capitán general.

—Díme, díme, Gerineldo,
¿qué tiempo puedes tardar?...
—Si á los siete años no vengo,
princesa, puedes casarte...
Ya pasan los siete abriles;
Gerineldo non vien yae:
pide á su padre licencia
para salirlo buscar.

Por tres reinados anduvo,
sin que lo pueda fallar;
á la vuelta que volvía,
fallaba un rico vacale.

—Vaquerito, vaquerito,
por la santa Trinitade
que me niegues la mentira,
que me digas la verdade.

¿De quién es esa vacada
con tanto reyo y señale?

—Señora, de Gerineldo,
que aquí está para casarse.
Mete la mano en el bolso;
una moneda le dae:

que le enseñara la casa
fasta llevarla al portale.

—Gerineldo, Gerineldo,
una limosnita dame.

Mete mano en el su bolso
y dos maravedís daile.

—Gerineldo, Gerineldo,
¿que poca limosna faces,
para la que en mi palacio
antaño solias dare!...

—Pelegrina, ¿eres el diablo
que me vienes á tentare?...

—Non soy el diablo, por cierto:
soy tu mujer naturale;
y si non quieres creello,
este papel lo dirae.

—Es verdad, diz Gerineldo:
contigo quiero casare.

Ya mandan á los criados
los coches aparejare:
cuando se estaban montando,
echaron rico cantare:

las aves, que iban volando,
se pararon á escuchare:

—Non bebais, caballos mios,
de las orillas del mare,
porque está el agua salada
y puede faceros male.

LA ÓRDEN DE LA BANDA.

La orden de la Banda fue instituida por el rey de Castilla don Alfonso XI, en Vitoria en 1332. Fue un nuevo género de caballería cuyo distintivo, blason y señal de honra era una banda ó faja de cuatro dedos de ancho, de color rojo ó carmesí que por encima del hombro derecho y debajo el brazo izquierdo rodeaba todo el cuerpo. No se admitían en esta milicia ó caballería sino los nobles ó hijosdalgo, y que por lo menos diez años hubiesen servido en la guerra y en el palacio real. No se recibía en ella los mayorazgos de los caballeros y señores. El mismo rey fue elegido por maestro de toda la orden, con lo que se ennobleció sobremanera y se alentaban sus caballeros para acometer grandes hechos y empresas árdas. Pero si bien esta caballería fue tenida en estima durante mucho tiempo, despues por desuso de los reyes que adelante reinaron, y por la inconstancia de las cosas, cayó tan en desuso que no quedó ni rastro de ella.

CASTIGOS ANTIGUOS.

Antiguamente habia penas muy severas contra las mujeres que no eran fieles á su familia. Entre los locrios se les arrancaban los ojos, dejándoles una vida mas infeliz que la misma muerte. Los sajones condenaban al fuego á las mujeres convencidas de infidelidad, y sobre sus cenizas hacían elevar una horca para sus cómplices. En Inglaterra se cortaban á la mujer la nariz y las orejas. Los visigodos podían ejercer libremente su venganza; en muchos pueblos se imponía la pena de azotes y se las colocaba á la vergüenza pública. Los musulmanes apedrean al culpable, y entre los chinos se les abandonaba al furor de los elefantes irritados. Por último, habia ejemplo de ser condenadas á muerte, y muchas veces la recibían en el templo de sus falsos dioses y al pie mismo de los altares.

LA CAPITAL DE LA ANTIGUA GRECIA.

La célebre Atenas estaba situada inmediata á Eleusis y en su origen era muy pequeña; mas adelante llegó á tener 178 estadios de circuito. Su nombre se cree derivarse de la palabra *Atena* ó *Minerva*, sacada de la lengua egipcia. Primero se llamó *Cecropia*, del nombre *Cecrops*, que la fundó cerca del año 1556 antes de Jesucristo, ó 1580 segun los mármolles de Arundel, época en que nació Moisés. Calmo fue el que llevó el conocimiento de las letras á Atenas, Teseo la aumentó considerablemente, y disgustados de Medon y Neleo abolieron la autoridad real, y se erigieron en república. Los espartanos, vencedores en la guerra del Peloponeso, tomaron á Atenas y la hicieron gobernar por treinta capitanes llamados los treinta tiranos, hasta que Trasibulo, ateniense liberto á su patria.

Filipo de Macedonia, su hijo Alejandro el Grande y Casando, atacaron igualmente la libertad de Atenas. En tiempo de Demetrio de Falero se contaban en ella 20,000 ciudadanos, 10,000 extranjeros establecidos en la ciudad y 40,000 esclavos. Sus fuerzas de tierra eran unos 40,000 hombres, y las navales consistían

en 300 galeras armadas. La ciudad de Atenas fue el asilo de las musas, la inventora de las artes y de las ciencias y el centro de la civilización. Sus restos arqueológicos llaman todavía la atención de los sabios y de los viajeros.

LOS PALMOTEAADORES EN PARÍS.

Es antiguo en Francia el uso del palmoteo ó la silba, pagados á favor ó contra las piezas que se quieran hacer aceptar ó desaprobadas en algun teatro.

El gran trágico Racine vió fracasar su celebrada *Fedra* en sus primeras representaciones por una tremenda silba pagada por la famosa duquesa de Bouillon. Esta gran dama, una de las renombradas sobrinas del cardenal Mazzarino, que sin duda pretegió mucho á los poetas y literatos de su tiempo, y tenía una brillante tertulia de ellos en su palacio, queriendo favorecer á Padron, que habia compuesto una tragedia con el mismo nombre y asunto de *Fedra*, hizo cuanto pudo para desacreditar la de Racine. «Cuando se presentó la tragedia de Racine, dice Amadeo Renee en su curiosísima obra *Las sobrinas de Mazzarino*, la intrépida Boillon alquiló el teatro todo entero para seis representaciones, é hizo fracasar la pieza. Pagó á muchos sugetos para que silbasen en el teatro, y quizá pagó también á algunos para dormir en él: esto le costó mas de quince mil libras.»

Mas no se sabe que se hubiese llegado entonces al extremo de haber una corporación del palmoteo: una especie de numerosa compañía organizada y como regimentada para hacer aplaudir las piezas teatrales, segun conviniese á esta corporación, como se ha hecho posteriormente. Oigase lo que en la *Revista francesa* del 1.º de febrero de este año dice Jouslin de Lasalle, que ha sido director muchos años del *Teatro Francés* en París:

«Debo darla á conocer ahora una corporación que hace un gran papel en los teatros: es la corporación de palmotadores (*claqueurs*), actores destinados á figurar enfrente de los que representan en el teatro; es un espectáculo en espectáculo.

¿No es una cosa chistosa en efecto ver dos ó trescientos pares de manos agitarse con cadencia, formar una tempestad estrepitosa en medio de una asamblea que el drama y sus intérpretes dejan á menudo en la calma de la indiferencia? Estos palmoteadores, á quienes indiferentemente llaman *romanos* á causa de su organización á la manera de las legiones romanas, y aun *caballeros de la lucerna*, nombre debido al lugar que ocupan generalmente debajo de la lucerna en los teatros, tenían por jefe á un llamado *Vachette*, antiguo comediante, joven todavía, naturalmente despejado, cuito y de buenos modales.

Se presentaba de un modo irrepreensible: frac y pantalon negros, corbata blanca, camisa fina, alfiler de brillantes, solitario en el dedo y caja de tabaco de oro: se le hubiera fácilmente tomado por el notario ó el corredor de la comedia. Este notable jefe de la lucerna, este rey del patio llevaba la vida mas confortable; tenía salon, gabinete en la ciudad y casita en el campo; daba fiestas, convidaba á los autores jóvenes, y á los que se estrenaban á su quinta, á donde venían ellos á su vez á cumplimentarle y aplaudirle. *Vachette* asistía á todos los ensayos, apreciaba y juzgaba segun sus inspiraciones personales, y daba en seguida sus órdenes á sus tenientes encargados del servicio diario. En cuanto á él, no aparecía mas que en las grandes ocasiones, en las primeras representaciones, y cuando se reproducía una pieza despues de una interrupción, ó en los estrenos importantes. *Vachette* era clásico, y cuántas veces, sin embargo, se tuvo valientemente á los románticos! Era el hombre del deber, tenía una memoria estrordinaria, sabía el repertorio de memoria, conocía todas las tradiciones, y, sin embargo, lle-

vaba consigo una cartera de tafilete encarnado, en que estaban indicados los pasajes que debían aplaudirse, aquellos en que se debía reír, las entradas, los llamamientos de los actores para volver á salir á escena, y sobre cuya cartera estaba también escrito con letras de oro: *Comedia francesa*.

El teatro daba al palmoteo (*la claqué*) de veinte á treinta billetes por función para sostener la representación. Vallete recibía además de los actores los *billees de servicio* á que tienen derecho todas las veces que aparecen. En las piezas nuevas disponía de dos á trescientos lugares. Hé aquí cómo se compone el personal del palmoteo, que se forma de *íntimos, lavables y solitarios*. Los *tenientes* ó jefes de escuadra reciben una paga; los *íntimos* ó palmoteadores habituales entran de balde: los *lavables* pagan su entrada á un bajo precio. (*Lavar*, en términos de la jerga del teatro, significa vender; los lavables compran, pues, su billete por 10, 15 y 20 sueldos). Están obligados á palmotear á reír, á esclamar á una señal dada y á hacer el servicio como los *íntimos*, y esto bajo la vigilancia de los jefes de escuadra. Unos aficionados, curiosos de asistir á las primeras representaciones, pagan su billete al precio del despacho; estos aficionados obtienen así la ventaja de entrar con los palmoteadores, por una puerta lateral, antes del público; no aguardan en la calle á la cola, y escogen los lugares que les convienen.

Todo lo que se exige de ellos es no silbar; así, eximidos de toda vigilancia, van á colocarse lejos de la tropa venal que los designa con el nombre de solitarios, por razón de su posición topográfica y su aislamiento. Todas estas representaciones traen al jefe ricos tributos; los autores mismos deponen su ofrenda sobre este altar de la gloria; mas de un artista le paga además un tributo anual, y los estrenos de cada actor le valen gratificaciones, cuya cantidad se arregla según las pretensiones de los que se estrenan.

El palmoteo es hoy día un ramo de industria muy lucrativo; un jefe de palmoteo está más ampliamente remunerado que un alto dignatario; los empleos se compran como los de un notario ó un corredor de cambios; yo podría citar un jefe de palmoteo que ha pagado por el suyo 50,000 francos. También no es raro verles estrujar de todas maneras á los pobres artistas. En cuanto á Vachette, tenía su empleo de la munificencia de la comedia, y lo desempeñaba como un verdadero artista. Decía él con orgullo, hablando de Rachel: «Soy, con todo, yo, quien le ha empezado.» Si se daba una nueva pieza importante: «Será, decía, mi más bella creación.» Un día la Opera representó el *Conde Ory* en una función de beneficio. Después de la pieza que había sido cubierta de aplausos, yo le encontré en el teatro, y me dijo con la mayor serenidad: «¡Qué éxito! y, sin embargo, os lo debo confesar: es la primera vez que yo conduzco una ópera.»

Otra vez asistía él en un palco á una representación del repertorio; era uno de sus tenientes quien le reemplazaba. Poco ocupado de la pieza que se representaba, sus ojos estaban fijos sobre el patio con una especie enajenamiento. El palmoteo ejecutaba, en efecto, redobles de manos con una sagacidad verdaderamente notable. Terminada la pieza, Vachette encuentra á su teniente: «Estoy contento, mi bravo, le dijo, habeis servido bien á la comedia; no está todo perdido en literatura.» Y le estrechó aristócratamente las dos manos. Era casi Napoleón diciéndole á su ejército después de su victoria: «¡Soldados, estoy contento de vosotros!»

Van más de cuarenta años que Vachette ejerció; él ha visto pasar delante de sí toda la antigua comedia, aquella brillante pléyada de artistas, de la que aun quedan representantes, y aquella vieja tragedia que él ha visto morir dos veces con Talma y con Rachel.

Y con todo, el papel de jefe del palmoteo era difícil, estrechado entre las dos facciones que se dividían en el teatro, hoy romántico y

mañana clásico, sus aplausos eran contados, y todo déficit para el uno ó el otro de los partidos era objeto de reclamaciones y quejas amargas.

En aquella época, yo volví á dar el *Hernani*, y Mad. Dorval representó el papel de doña Sol, creado por la señorita Mars. Yo no lo representaré como la gran cómica, decía ingenuamente Mad. Dorval. Mas exigió como ella, los sufragios del patio, y Vachette estaba en la obligación de hacer para Mad. Dorval lo que había hecho para la señorita Mars. ¿Volveré á llamar á la actriz á la escena? Me decía una noche.—Haced lo que hicisteis la primera vez.—La volveré á llamar. En cuanto á la corona, añadió el autor, la suministraba los primeros días; pero después la administración se ha encargado de ella.—Hágase así.

Estas coronas costaban tres francos la docena, y al otro día los periódicos anunciaban que Mad. Dorval, sublime en el papel de doña Sol, había sido llamada á la escena por el público, y que en medio de las flores y ramilletes echados de todos los palcos una corona de siemprevivas había caído á sus pies.

EL GATO NEGRO.

CUENTO.

Unos doscientos escalones tenía yo que subir para llegar á la primera plataforma de la torre. Las golondrinas que anidaban en el verano debajo de los canalones de piedra entre el musgo y la parietaria, no se asustaban con mi presencia: sabían que de mí nada podían temer.

Por las tardes, poco antes de tocar al Ave-María, cuando el sol llegaba á su ocaso, me asomaba á una de las ventanas para contemplar el magnífico panorama que á mi vista se presentaba, el cual siempre era nuevo para mí, aun cuando le viera todas las tardes.

En efecto, la puesta del sol, ya se contemple cien años seguidos desde un mismo sitio, siempre ofrece un espectáculo distinto cada vez, aumentando sus encantos y su magia. Las tintas varían á menudo; las sombras presentan cada instante un nuevo aspecto, y el colorido se engalana siempre con mil tonos inesperados, debidos al fecundo pincel de la naturaleza. Luego este poético cuadro se completa llenándose más y más de armonía con el ruido de la brisa entre los árboles del bosque, las voces de los campesinos, el cencerro de los ganados, el murmullo del río, el aroma acre de la selva, y cerrando tan sublime conjunto, como la última nota en una frase musical, la campana que dobla en la torre, cuyo sonido se prolonga agradablemente en el espacio hasta perderse del todo.

A mi izquierda se levantaban desiguales las casas del pueblo, con sus tejas encarnadas y sus techos de pizarra, coronadas con el ramaje de los tilos y enebros, que se elevaban por encima de las tapias de los huertos, formando un pequeño laberinto de calles y en crucijadas hasta perderse en el lindero del bosque, donde solo se veían ya medio ocultas en la espesura algunas chozas de blancas paredes, como las primeras avanzadas de un ejército. A la derecha el río, de espumosa corriente, cortando una pradera de huertos y sembrados, tapizadas sus orillas de verdes cañas y sauces llorones, por entre cuyo ramaje se veía el agua cortada á trozos, como pedazos de cristal entre la yerba, y allá á lo lejos, en el horizonte, las primeras casas de la aldea donde habitaba Marcelina.

Por eso subía yo á la torre y contemplaba absorto aquel espectáculo: por eso esperaba que llegase la noche con su manto de tinieblas para ver si brillaba la luz que me llamaba junto á mi amada.

Pero ya habían pasado muchas noches y la luz no brillaba; la ventana de su aposento permanecía muda y la esperada señal no aparecía.

¿Me habrá olvidado Marcelina?

¡Olvidar!... ¿qué significa esta palabra para un corazón de diez y ocho años que solo ha palpitado ante la pintada corola de una flor, que no ha sentido otra emoción.

¿Puede uno olvidar lo que ama? ¿Y si Marcelina me adora, por qué me ha de olvidar? Pero entonces ¿por qué no me llama?

Yo iría á verla; me acercaría muy quedito junto á la tapia del huerto, y esperaría allí toda la noche para verla... para sentir sus lágrimas si llora... su risa si está contenta; sí, sí, vamos... bajemos de la torre; ya ha sonado el toque de ánimas...

¡Pero Dios mío! ¡si sale y me ve su gato negro!

¡Bah!... un gato.... ¿á un gato teneis miedo?

Sí, Lulú, con su piel negra y lustrosa, sus ojos siempre abiertos que brillan en la oscuridad como dos fúnebres antorchas, y sus enormes garras, me infunden pavor.

Cuando me mira con fijeza y le veo enseñarme sus blancos dientes y azotarse los hijares con su cola, me estremezco á mi pesar, y un frío glacial penetra hasta la médula de mis huesos.

Y sin embargo, dicen que Lulú es todo un gato honrado, tanto como puede serlo un animal de su especie... pero yo desconfío de su benévola sonrisa que le hace erizar el bigote y enseñar los dientes de una manera terrible.

Lulú es todo lo acomodado y feliz que puede desear; ni aun tengo la esperanza de que se muera de hambre.

Morirse no... pero yo puedo matarle, y matarle impunemente, porque en el código no hay ningún artículo que castigue al que priva á un gato de su existencia; quizá no está previsto este caso por la ley, como tampoco lo estaba el parricidio en la legislación romana.

¡Matar á Lulú!

Este pensamiento se había apoderado de mí de tal modo que no me abandonaba nunca. Porque Lulú se oponía á mi boda con Marcelina, y esto era atacar directamente á mi felicidad, á la felicidad de un ser inofensivo y pacífico que en su vida había soñado con matar un mosquito.

¡Y por Dios que era inconcebible!

¡Hasta qué punto dependía mi dicha de la vida de un gato! ¿Y qué tenía que ver semejante animal con mi boda?

Tal proceder me ponía furioso: aquello era ridículo hasta la insensatez, y el nombre de Lulú llegó á ser mi constante y aterradora pesadilla.

Por eso el pensamiento de su muerte se ligó de tal modo á mis ocupaciones diarias, que llegó á ser en mí una necesidad.

Mientras veía á Marcelina, aunque de tarde en tarde, la idea del asesinato no me punzaba tanto en el alma; pero así que dejé de verla, solo pensé en llevarle á cabo.

—¡Ah pícaro animal, infame gato! decía entre mí, ¿quieres prohibirme también que hable á mi querida Marcelina? Esto es decir que desees mi muerte como yo la tuya... pues bien, nos veremos.

Y procuraba aturdirme á mí mismo con una especie de agitación febril, con un fingido valor que no sentía, y que desaparecía tan luego como por casualidad me encontraba á Lulú en el lindero del bosque, cuando el horrible animal salía á dar su paseo después de comer.

Entonces él me miraba y se sonreía al pasar, como si hubiese adivinado mi pensamiento y quisiera probarme que ningún temor le infundían mis tentativas de asesinato.

Yo también le miraba de reojo y palidecía al contemplar su entornada pupila, que tenía en aquel instante una expresión sarcástica y mordaz.

¡Ahí no le mataría nunca!

En mi interior luchaban terriblemente dos sensaciones distintas: el miedo y el odio hacia Lulú. Mientras el gato viviese, yo no podía abrigar ninguna esperanza acerca de mi matrimonio, y por otra parte, el animal presen-



Aggeó, profeta.

taba una apariencia desconsoladora de longevidad. Aquella lucha continua que agitaba mi espíritu llegó á influir desgraciadamente en mi individuo. No comía, padecía vértigos horribles, y mi sueño era agitado é intranquilo; todo el pueblo, en fin, llegó á apercibirse de mi estado; me creían loco, porque en medio de mi trabajo pronunciaba palabras incoherentes y prorumpía en grandes carcajadas ó palidecía de espanto, según iba obrando mi pensamiento al acercarse mas ó menos á las probabilidades de asesinato. La vista de un gato me ponía en un estado lamentable, y experimentaba una conmoción eléctrica cuando oía sus maullidos. Hasta entonces no llegué á comprender en su mayor intensidad las angustias y sobresaltos de un ratón, la estrategia del queso y el tocino.

¿Qué era yo mas que un ratón perseguido por un gato?

Todo esto impulsaba á mi pensamiento al asesinato.

Una circunstancia insignificante é inesperada acabó de completar mi coraje y llegó á infundirme algún valor.

Ya he dicho que debajo de los canchales de la torre anidaban por el verano muchas golondrinas, que como me conocían ya y eran mis amigas, no se asustaban al verme.

Una tarde al entrar yo en la plataforma según mi costumbre, noté que todos aquellos pobres animales echaron á volar de pronto sin motivo aparente.

Aquello era extraño.

¡Huir de mí las golondrinas! ¡Dios mío! No sabía qué pensar de semejante acontecimiento, y aun llegué á imaginar después de un instante, si ellas, enemigas como yo de los gatos, afeaban mi falta de resolución en librarme de Lulú, apartándose de mi lado. Me entristecí al creer probable semejante conducta, y entrando en la plataforma me dirigí á la ventana para contemplar sus nidos vacíos, cuando un espectáculo sangriento me dejó mudo de indignación.

Un enorme gato dorado y ceniciento con manchas negras, se engullía tranquilamente una infeliz golondrina, fruto de su rapiña y crueldad. Al verme se detuvo, fijó en mí sus ojos tranquilos y serenos, relamiéndose el ensangrentado bigote como si me dijera: «está sabrosa.» Infame gato. Me precipité sobre él y le arrojé á la plaza desde lo alto de la torre. El ruido que hizo al caer en tierra hirió dulcemente mi oído al acordarme de Lulú.

—¡Oh! decía. ¡si hubiese ocupado el lugar de este miserable! ¡Si guiado de su apetito viniese también á la torre á caza de golondrinas! Es preciso tenderle un lazo, escitar su gula... pero ¿cómo y con qué? Si le escribo, porque Lulú era un gato bien educado y sabía leer, conocerá mi letra... ¡quéhacer Dios mío!

(Se continuará).

PEDRO ESCAMILLA.

JEREMÍAS.

Jeremías fue el segundo de los profetas llamados mayores. De él se conservan las profecías y las lamentaciones. Sus profecías se dirigieron no solamente contra los judíos, sino también contra el Egipto, la Idumea, los filisteos, los amonitas, etc., aunque su principal objeto fue exortando á la penitencia á los primeros. El libro de las lamentaciones es un poema sagrado, con el cual llora el profeta la destrucción de Jerusalén, la ruina del templo de Dios, y lamenta la extrema miseria del pueblo del Señor y su esclavitud.

Jeremías era hijo del sacerdote Helcías y natural de Anathoth cerca de Jerusalén, pueblo de la tribu de Benjamín, y comenzó á profetizar á los 20 años de edad, por los años 3375 del mundo, 624 antes de Jesucristo, y siguió en este ministerio por espacio de 45 años. San Gerónimo, Tertuliano, y en general todos los espositores sagrados, creen que este profeta murió apedreado por los mismos judíos en Tasnis, ciudad considerable del Egipto.

PENSAMIENTOS.

Todos los sentimientos que dominamos son legítimos, todos los que nos dominan son criminales.

J. J. R.

En punto á secretos, ni los confíes ni busques que te los confíen.

Marín.

La autoridad de la moda es de tal suerte absoluta, que nos obliga á ser ridículos, so pena de parecerlo.

Sanial-Dubay.

La mentira es un hurto en palabras, así como el hurto es una mentira en acción.

La Boisse.

Los que dicen mal de la especie humana ó se figuran no ser individuos de ella, ó se tienen por algo mas que hombres.

Sanial Dubay.

Aunque la justicia no se vende, siempre cuesta mucho el obtenerla.

Estanislao.

AVISO

A LOS SUSCRITORES POR SEMESTRES.

Los señores suscritores por medio año, cuyo abono concluye á fin de agosto último, se servirán renovar la suscripción si no quieren experimentar retraso en el recibo del próximo número.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias Estrasjero y Américas en casa de los sorresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.